

MEMORIAS DE UN OCTOGENARIO

FELICIANO ANTONIO YEYES DESCALZO

CUANDO EL TEATRO DEL TÍO CHACÓN

Los Chacones eran el tío Paco y el tío Lucio (el mote les venía por herencia, pero su apellido era Iranzo). La fuentecilla llamada «del tío Chacón», junto a la Albosa, por la senda que va de los Huertos hacia el Prado, la descubrió y arregló para uso del vecindario el padre de los Chachones.

El tío Paco Chacón fue en mi infancia el maestro-director de la banda de música, donde yo ingresé a los nueve años. Se casó con Teodora Ruiz (perteneciente a la familia de los Rebollos), tuvieron un hijo, Manolo, que murió muy joven, y cinco hijas, que le han dado bastante descendencia. El tío Lucio tenía algunas tierrecillas y huertas, que no daban para mucho. Ambas familias (con sus ascendentes y sucesores) fueron siempre de una vecindad y conducta admirable.

Aquí, por lo anecdótico, me quiero referir al tío Lucio. Creo que tenía tres hijas: la mayor, Luz, se quedó viuda enseguida con dos hijos: Paco y Emilio. El primero tocaba divinamente el bombardino y llegó a ser capitán en el ejército republicano durante la Guerra Civil del 36. Emilio, que era quinto mío, tocaba los hierrecillos en la banda de música dirigida por su tío Paco. Le llamábamos Emilio el Seco debido a su delgadez. Dolores, otra hija del tío Lucio, se casó con un guardia civil, Amador, quien se licenció o quedó cesante al término de la guerra; por ello, pasó a residir en nuestro pueblo.

Al tío Lucio le gustaba jugar al trueque, dos a dos, y tenía por compañero a su yerno Amador; tenían suerte y solían ganar la partida las más de las veces. Esto sucedía casi siempre por la noche, después de cenar, cuando los hombres acostumbraban a salir al café de Chicharras, de Collado, de Constantino... y, después, de Cervera, Indalecio, etc. Hoy se acostumbra a ir al café por las tardes.

Pero, una noche, perdieron la partida del trueque y ambos, suegro y yerno, volvieron a sus respectivas casas algo taciturnos y se acostaron. Allá a las tres de la madrugada, Amador escuchó cómo, insistentemente, llamaban a su ventana, que daba a la calle. Alarmado, supuso que algo grave ocurría cuando tan desesperadamente y a aquellas horas le llamaban. Se levantó de la cama y abrió la ventana. Allí estaba el tío Lucio, quien le espetó a su yerno lo siguiente: «¡Si hubieras jugado la malilla cuando te hice el guiño del as no hubiéramos perdido la partida!».

Al oír aquello, Amador mandó a su suegro a la mierda con mucha mayor destemplanza ante lo insólito del caso. El tío Lucio se marchó cabizbajo a su casa; pero, al igual que desde que se acostó, no pudo pegar ojo y persistió en el insomnio y en el disgusto por algunos días más.

También el tío Lucio llegó a ser el contratista del teatro del pueblo; es decir, el teatro se quedó en alquiler para su

explotación durante tres años. Aquello llegó a funcionar entre sesiones de cine mudo los domingos y algún que otro espectáculo que contrataba por cuatro perras (generalmente de variedades o varietés, como se decía entonces). Solían recalar por el pueblo con ocasión de festejos de invierno y de verano.

Cierto día se propagó por el pueblo que el sábado siguiente se celebraría una función de variedades con algún asomo vodevil (el exiguo destape al que se podía llegar entonces), que se recomendaba solo para hombres. Eso es lo que anunciaba la propaganda del tío Lucio, pues la compañía teatral estaba formada meramente por las consabidas variedades de cante, baile, recital, magia, etc., con su música correspondiente. El caso fue que el teatro casi se llenó de hombres. El espectáculo comenzó y transcurrió por cauces tan normales que el público, que esperaba otra cosa, empezó a soliviantarse; en especial los mozalbetes o muchachos solterones, que no aguantaban más y pidieron con gritos, ademanes y escandalares: «¡Fuera trapos!» exigiendo desnudeces o, al menos, enseñanzas o poses del elenco femenino de la compañía.

Aquello terminó con un gran escándalo y con más de veinte sillas rotas. Pues, cuando el tío Lucio quiso contentar al respetable, y rogó a las artistas que, por favor, enseñaran algo de sus interioridades, éstas, que no estaban contratadas para ello, sino para lucir y amenizar con sus danzas y canciones artísticas con la precisa decencia, le respondieron al tío Lucio que porqué no invitaba a sus hijas a que salieran desnudas para apagar el alboroto. Alegaron que ellas, las vedetes del espectáculo, también eran muy decentes.

El asunto se puso feo y así, de mala manera, acabó la función. Los y las artistas, con el tío Lucio, se fueron por la puerta falsa y alguien, con sensatez, impuso su autoridad en el cotarro machista y dijo: «¡A dormir se ha dicho!».

Las que más se rieron de lo ocurrido fueron todas las mujeres del pueblo, quienes, con guiños, aspavientos, dimes y diretes, pusieron en solfa a la masculinidad asistente al espectáculo.

CUANDO AL PATOJO PEQUEÑO LE COMPRARON ALPARGATAS

La familia de Julio el Patojo, Julio Gómez, era numerosa y pobre. Más mal que bien iba sacando a flote a su familia, pero con muchas carencias y penurias.

Los cuatro mayores ya trabajaban, unos como pastorcillos y otros ayudando a su padre en lo que podían: traían leña para la lumbre o boñigas para el basurero que luego vendían, pues ya no tenían tierras propias ni en regadío ni en secano. Y los dos pequeños iban a la escuela. El mayorcito iba aprendiendo las primeras letras con dificultad, pero el maestro se preocupaba de que no le faltara cartera, libreta, cartilla, cartón, lapicero y una goma

borradora de las primeras que salieron. Pues, antes de ello, borrábamos las letras y números mal trazados con miga de pan; pero, los Patojillos, cuando conseguían la miga la querían para ellos. El mayor también iba vestido con un calzón con un tirante, un jersey viejo y hasta calzaba alpargatas con suela de goma y caras de lona.

Sin embargo, el pequeñín, que también iba a la escuela con su hermano, llevaba la ropa parecida, pero sin alpargatas. Se había acostumbrado desde su nacimiento a no llevar nada en los pies. Y así, a sus seis años, seguía andando descalzo sin que nada le molestara: ni guijarros, ni agua, ni barro, ni nada. Andaba tan campante, como si tal cosa.

Pero el maestro —que ya se sabrá y se sabe que era don Victorio Montés— no podía consentir aquella descalcez y, cada vez que asomaba su pequeñina estatura por la puerta de la escuela, ya me estaba mirando a mí, que era de los mayores, para enviarme con el muchacho a la tienda a que le comprara unas alpargatas. El hermano mayor, cuando se daba cuenta de aquella observación, le decía al maestro que no le comprara alpargatas a su hermanillo, pues sus padres no querían ya que el chiquitín estaba acostumbrado a caminar así. Sin embargo, cuando veía que sus pies salían desnudos por su calzado debido a roturas y desgastes, sí que casi imploraba al maestro que le pusiera remedio. Don Victorio me enviaba con él y, por una peseta de las de entonces, de plata, ya tenía el Patojillo mayor sus nuevas alpargatas. Mientras, el pequeño, tira que te vas, andando, caminando y corriendo descalzo, saltando de contento.

Aquello, para nuestro buen maestro, era casi denigrante. A su escuela había que ir calzado, pobremente si se quiere, pero como Dios mandaba. Del mismo modo que una de las obras de misericordia era vestir al desnudo —aunque no decía nada del calzado— se admitía, por extensión, que ello iba incluido en esta obra tan justiciera como misericordiosa. Y había que adoptar las medidas necesarias.

Así pues, un día llamó a la madre patojil y le hizo saber que el chiquitín debía llevar alpargatas como su hermano mayor y, si no se avenían a ello, que no enviaran al muchacho a la escuela. Por supuesto, le dijo a la madre que la cuenta de las alpargatas corría a su cargo. La madre, como es natural, muy agradecida cogió la peseta que el maestro le dio y, agarrando de la mano al chiquillo, se fue con él a la Tienda Nueva para comprarle y colocarle las alpargatas, cosa que no le vino muy bien al muchacho, ramaleaba mal y decía con su vocecita chillona y tartajosa que no quería alpargatas.

Primeramente, la Patoja tuvo que pasar por su casa para limpiarle los pies un poco (ya se sabe cómo podía llevarlos, acostumbrado a ir como una cabra, con costra, roña y sin sujeción). En la tienda empezaron a probarle las alpargatas: unas le venían grandes, otras demasiado pequeñas, otras bien; pero, con los pies no estaban acostumbrados a llevar nada había que ensancharlas y acomodarlas. Mientras, el guacho, seguía con sus gemecos y disgustos. Al final llegó a encontrar algo que no le venía mal, lo más apropiado. La madre suspiró, pagó la peseta —lo que valían las alpargatillas de goma y lona—, y le dijo a su muchacho: «¡a

caminar!». El niño se puso en pie, quiso andar un paso y cayó de bruces. La madre lo incorporó y, cogiéndole de la mano, le mandó caminar, pero el cerril chiquillo cayó de nuevo al suelo. «¡Nada, está visto —dijo la madre— que mi guacho no puede llevar alpargatas!». El muchacho parecía que se ponía enfermo, pálido y desasosegado. Mientras, el dependiente del comercio —que se había alejado momentáneamente de la madre y del hijo para meter la peseta en el cajón— escuchó el segundo batacazo y volvió la vista hacia la clientela patojil. Riendo a más no poder acudió a remediar la situación con un simple tijeretazo ¡cómo iba a andar el muchacho, si llevaba sin cortar la lienza que unía las dos alpargatas! Menos mal que no se le ocurrió a la tía Patoja llamar al médico, don José Ruiz, que, en aquel momento, pasaba por la puerta de la tienda, para que resolviera el trastorno del pequeño Patojo.

Ni que decir tiene que, desde entonces, el muchacho se acostumbró poco a poco a llevar alpargatas; pues, si no, la escuela se le cerraba. Tampoco habrá que repetir que don Victorio siguió casi siempre costeando el alpargatamen de los dos patojillos menores.

Yo fui testigo —y casi siempre acompañante— cuando necesitaban repuesto en su modesto calzado.



Cocina mediterránea tradicional y de autor
C/Colón, 2. Venta del Moro
Tlfn: 634 647 195

ELECTRODOMÉSTICOS VERA

962185275-636767669 **MA JOSÉ GARCÍA VERA**
C/ LEPANTO, 4 mariajogarve@hotmail.com
46310. VENTA DEL MORO (VALENCIA)

Carnicería Jesús Yeves



Especialidad en embutidos caseros
Charter - Supermercado
C/ Lepanto, 10. Telf: 217 81 84